

avasalladoramente derribó a los que la precedían; todos rodaron, menos nosotros dos, por las escaleras. Les vi perder el equilibrio y quedar en grotescas posturas por el suelo. Después la oleada los ocultó de mi vista. La atmósfera era irrespirable, un calor sofocante nos oprimía. Se oían quejidos de los pisoteados y gritos feroces de los aterrorizados. Se despejó un poco la escalera, entre cuerpos y bolsas de hule, cestas de mimbrés y variedad de objetos bajamos como pudimos. Con mucha suerte, pues llegando ya a la puerta de salida otro alud de personas procedente de arriba llenó la escalera. Fue entonces cuando se derrumbó la baranda aumentando las ya abundantes desgracias.

Un polvo amarillo-rojizo lo llenaba todo, hasta el extremo de ocultar a la vista incluso los edificios más cercanos. Desde la puerta del mercadillo no se veía con claridad nada en la amplia plaza, y por las alturas una infinidad de papeles revoloteaban como manada de torvos pajarracos. Volví a mirar el cielo polvoriento, papeles y más papeles en cantidades asombrosas moviéndose alocados y nublando al sol. No puedo imaginar de dónde saldrían, ni qué fue de ellos... Por los suelos los tenderetes de los vendedores, volcados, y por todas partes zapatos y zapatos de mujer, duros de plata y cosas de gran valor en aquel tiempo: medias de mujer, de auténtica seda y carretes de hilo de todas marcas, artículos escasísimos y fáciles de vender a cualquier precio abusivo estaban abandonados por comerciantes lojeros, que ya empezaban a aparecer por todas partes.

De allí pasamos apresuradamente por el arco cegado hoy, donde se estriba la diosa Ceres, a los bajos del Ayuntamiento. Nos metimos por una puertecilla que conducía a largo pasillo y desembocamos en una habitación que sería depósito de útiles de limpieza municipales, llena también de picos y palas y alguna que otra esportilla. Allí nos refugiamos cinco mujeres y yo. Todos ilesos, solamente nuestro buen susto. Estábamos relativamente tranquilos. Permanecimos acurrucados hasta que pasadas un par de horas, llegaron unos obreros a por los picos y demás utensilios encargados de retirar escombros. Ellos nos dijeron que había pasado el peligro y podíamos salir sin el menor reparo.

Respiramos de nuevo el aire de la calle. El polvo denso había desaparecido, los papeles también. La gente salía de sus casas, mirando con resquemor. Cristales rotos por todas partes. Sólo el recuerdo de una sangrienta pesadilla.

LIRICA

¡Don de Dios!

Soy sincero. Soy honrado.

Digo la verdad. No miento.

Soy ladrón incorregible

que robo siempre mis versos.

Unos, a mi corazón,

otros, al violín del viento,

muchos, a la luz radiosa

de unos ojos bellos,

a los rojos labios

que su miel me dieron,

a la luna blanca,

pájaros parleros,

flores pudorosas

que me dan su aliento,

a las gemas luminosas,

a lo grande y lo pequeño,

a lo que vive y palpita,

a lo dudoso y lo cierto,
 al chorro cristalino del regato
 que desgrana —en el silencio
 de la noche rutilante
 cuajada de luceros—,
 la música diamantina
 de sus sueños...
 Soy sincero. Muchas veces
 me rebosa burbujeante la presa
 en el ánfora lírica del verso
 de donde fluye mi ser
 soñador y entero.
 Mas a veces, también, en un momento
 de intensa y profunda creación,
 de mi cerebro brota soberano
 el fruto de mis sueños
 hecho canción...
 ¡Don con que Dios me ha regalado
 y yo con amor recojo ufano!

AMENOFIS

Triunfante Asunción de la Virgen al Cielo

Es la fiesta más antigua del Ciclo Marial - Insigne tradición asuncionista en España - Auge mariológico del Vaticano II

Por MARCELINO GONZALEZ-HABA



ON qué vivos acentos admirativos ha celebrado la Santa Madre Iglesia, la fiesta victoriosa y memorable de la Asunción de María a los más altos cielos en todos los tiempos!

«¿Quién es ésta que viene del desierto, bañada de encantos, bella como la luna, escogida como el sol, majestuosa como ejército puesto en orden de batalla?», exclaman los coros angélicos rebosantes de alegría y llenos de candoroso estupor.

Y es, que, la Virgen María, como corona de una vida plena de gracia, sostenida en íntima y gozosa unión con el Salvador Jesús, quiso Dios elevarla, en cuerpo y alma, a las inefables mansiones de la celestial Jerusalén, donde comienza, como radiante aurora, el disfrute gozoso de una vida singular de Emperatriz divina, alegría y embeleso de los ángeles, delicia y hechizo de los santos, dulce imán y abogada de los pobres pecadores.

Por especial privilegio, María, una vez cumplido el curso de la vida terrena, según asegura hablando a «ex cátedra», Pío XII, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celeste. A los demás santos y bienaventurados, Dios los glorifica al término de su vida terrena, sólo en cuanto al alma, mediante la visión beatífica y han de esperar al término de los tiempos para serlo en orden al cuerpo: La Virgen, y por ser Madre de Dios, blanco lirio de virginidad perpetua, Inmaculada, ha sido asunta, en cuerpo y alma a las moradas celestes, como exigencia moral de sus encumbradas prerrogativas y coronada como Reina y Señora de cielos y tierra.

Desde los primeros tiempos de la Cristiandad resplandece la creencia asuncionista sobre María Santísima. ¡Imposible, de todo punto, para el pueblo creyente, que el sagrado cuerpo de la Virgen, palpitante de la fragancia inmaculada que había dejado en él la gloria del Verbo, fuera presa, ni un solo instante de la muerte! Pío XII,